

increíbles. Con decir que autores como Salustio, por ejemplo, están presentados en menos líneas de composición tipográfica que las que tiene su bibliografía en cualquier diccionario enciclopédico manual, está dicho todo lo necesario para juzgarlo. Y no hay para qué seguir. El libro de Barnes —a pesar de todos los elogios periodísticos que han voceado su aparición— está muy lejos de ser el *libro esperado* por quienes se interesan en el hondo conocimiento del proceso de la historiografía universal. En el mejor de los casos, el volumen de Barnes resulta un simple enunciado de autores, de obras o de aspectos para el estudio de la evolución de la historiografía general. En consecuencia, pues, tenemos que admitir que aún no ha aparecido la obra enjundiosa que estamos aguardando.

Rómulo D. Carbia.

## LA PERSONALIDAD DEL DOCTOR CLEMENTE RICCI

ἦν γὰρ διδάσκων αὐτοὺς ὡς ἔξουσίαν  
ἔχων, καὶ οὐχ ὡς οἱ γραμματεῖς αὐτῶν.

KATA ΜΑΘΘΑΙΟΝ, VII, 29.

Este año se ha retirado de la cátedra titular de Historia Antigua y Medieval e Historia de las Religiones el doctor Clemente Ricci, que fué maestro en nuestra Facultad durante muchos años, dejando a su paso por ella el recuerdo imperecedero de su palabra y de su ciencia en los espíritus que tuvieron el privilegio de alternar con él.

La obra del Dr. Ricci es tan grande como su erudición y tan fecunda como su apasionamiento por la verdad. Ha cumplido entre nosotros una doble función: la de crear la inquietud científica proporcionando además el órgano de realización, y la de iniciar la crítica religiosa erudita en nuestro medio.

Merced a su celo y constancia se encuentran en el Instituto que dirige y en el cual dicta su curso libre de Historia de las

Religiones, muchas obras que permiten que estos estudios puedan realizarse fuera del ambiente, lejos del hogar europeo que siempre han tenido, y algún libro valiosísimo y raro ha quedado entre nosotros debido a su exclusiva gestión. Callada y paciente-mente va realizando a más de su labor personal una obra sólida en pro de nuestro progreso cultural, libre de vacía ostentación. No le ha entusiasmado nunca el aplauso fácil, el acto académico, ni el elogio burocrático y vacío. Su obra es conocida sólo por un pequeño núcleo, lo cual es para ella una alabanza porque atestigua su virtud; cumple el destino común de toda gran obra.

Pero su personalidad requiere además otro enfoque que considere su valor no sólo científico sino espiritual de conjunto. Tan grande es lo que maestros de esta talla dejan como eco humano que como erudición y trabajo científico frío. Hay una ciencia que no la dan, que no la pueden dar los libros, y esa es la que buscamos afanosamente: es la ciencia del ejemplo viviente del maestro, de su dedicación, de su entusiasmo, de su sinceridad, de su amor por la disciplina. La otra ciencia, mercenaria, más bien esteriliza que enseña, porque una buena clase que no sea más que eso no tendrá nunca el valor de un libro ni en su ordenamiento ni en su sistematización. En el profesor buscamos algo más que un simple y minucioso repetidor: queremos ver cómo se define en sentido integral. Estos son los que deben llevar realmente el nombre de maestros y su recuerdo vive en nosotros como una voz familiar a través de los años, influyendo de un modo definitivo en nuestra orientación espiritual.

Ahí está para los que no han recibido su enseñanza directa, la obra fecunda realizada en los seminarios dirigidos por él. Basta, como dato objetivo y concluyente, el paciente trabajo realizado bajo su dirección, que fructificó en los seminarios publicados: *Estudio crítico del código Freer*, *La fuente de las fuentes*, *Frontón*, *El Monumentum Ancyranum*, *El problema de la Liga Beocia en el Papiro de Oxyryncho 842*, *El origen de la Religión*.

Sería necesario hacer un estudio un poco cruel para saber de qué modo lamentable se impartía la enseñanza de la Historia en nuestra Facultad, antes de la iniciación del Dr. Ricci en la docencia. Vale más pasar piadosamente por sobre las limitaciones de los hombres y del medio, que no podía brindar sino frutos humildes. Lo cierto es que la llegada del nuevo maestro significó una verdadera revolución en la enseñanza. Formado en Europa, traía sólidos conocimientos clásicos, y había elaborado recios conceptos metodológicos que desarrolló armónica y consecuentemente en su obra docente y científica.

El seminario, nadie lo ignora ya, tiene un profundo significado de renovación en los métodos de enseñanza, en el sentido de la creación de la cultura; es en realidad el instrumento de la ciencia moderna, por el cual el alumno no sólo recibe el aliento de estar realizando un trabajo creador, sino que el contacto inmediato y prolongado con el maestro lo contagia de sus mismas virtudes, y crea lazos espirituales con el mismo, de tal modo que la enseñanza se vuelve fecunda y creadora y no una repetición verbalista de conceptos mal cimentados y peor aprendidos y repetidos.

La enseñanza fué, hasta él, puramente libresca, o absolutamente ajena a la finalidad para la que habían sido creadas las cátedras. El trajo el concepto moderno de la investigación histórica y fué el primero en enseñar entre nosotros el verdadero método que permite la penetración científica en el pasado, diferenciando netamente entre el material objetivado, base inmovible de la ciencia histórica, y la redacción historiográfica, obra subjetiva. En *El origen de la Religión*, seminario de cuyo prólogo citaré algunos pasajes, dice a propósito: "El sofisma, en historia, es peligroso cuando se prescinde del "método". El "método" da el hecho y la noción desintegrados, objetivados, despojados de todo elemento de juicio interpretativo. Es la historiografía la que, por la síntesis, indaga la "causa" del hecho, sus "leyes" y sus "consecuencias" en lo económico, en lo social y en lo político. Es lo que se llama la "exposición", la "generalización", la "historia" propiamente dicha, y es aquí donde puede deslizarse el sofisma subjetivo. Pero mientras el sofisma no afecta la noción objetiva del hecho —y a esto no puede llegarse,

interviniendo el "método", sin la adulteración tendenciosa de los materiales, imposible de ocultar— el juicio científico no sufre en su fundamento crítico".<sup>1</sup>

Tropezó con dificultades para imponer un método científico, debido al convencionalismo del medio, que veía siempre desde un sesgo malevolente la rigidez científica, y consideraba que de ciertos temas debía excluirse la investigación. Trajo entonces, a lo que aun era *aldea* en algunos aspectos, su concepto científico formado en una vieja cultura. Así, en el prólogo a su gran obra *La significación histórica del Cristianismo*, nos dice en páginas II y III: "Por lo que se refiere a la ausencia de tendencias polémicas o apologéticas en el trabajo que va a continuación, superfluo habría sido declararlo si nuestro público tuviese una educación análoga a la de la otra América o del Norte de Europa. Pero en nuestro modo de encarar la historia universal, y especialmente la historia de la raza blanca, la acción de su móvil principal, el cristianismo, es observada con criterio, por decirlo así, *primitivo*, pues no se sabe ver, en esa peculiaridad fundamental de la evolución europea, sino el motivo religioso, mejor dicho, confesional, condenado o ensalzado según las opiniones o las predilecciones filosóficas de cada escritor. Este es uno de los frutos más genuinos de la secular educación católica de los pueblos meridionales".

Supo afrontar con toda entereza los ataques que la incomprensión y muchas veces la malevolencia le llevaron, y los repelió con sus energías juveniles de siempre. Este es uno más de sus méritos: tuvo que enseñar y luchar; su temperamento se presta a ello, porque es un polemista formidable, aunque prefiere trabajar en el silencio del gabinete. Son magníficos sus escritos polémicos por la solidez aplastante del argumento y la vivacidad y energía de la prosa.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *El origen de la Religión*, Al Lector, II.

<sup>2</sup> Aconsejo la lectura de dos trabajos, en este sentido: *La crítica religiosa como elemento de cultura*, Bolet. del Inst. de Inv. Hist., año XI, t. XV, n° 54, pp. 475 a 530, y *La cultura y su enemigo de ayer, de hoy, y de siempre*, Public. del Inst. de Inv. Hist., n° LXVI.

Se creyó y aun se cree que la Ciencia de la Religión puede consistir en la apología de un dogma o en un movimiento destructivo. Así los enemigos del método ocupan las dos alas extremas. Pero según el concepto moderno, la Religión no es concebida de ningún modo como invento de sectas y ninguna religión es ella sola la auténtica, —puesto que es absurdo pensar que todas las grandes religiones sean falsas o no sean sino sofismas ideados por los respectivos cleros— sino que reposan en una facultad especial del ser humano, de carácter biológico-espiritual, que lo lleva irresistiblemente a la creación de los mitos.

Así, concibe el Dr. Ricci la actividad religiosa del espíritu como algo permanente en el hombre, un momento del espíritu no subsumible o diluible en los otros: *instinto religioso*, lo denomina. Dice: "Frente a la Naturaleza el hombre reacciona; crea cosmogonías y cosmologías; inventa dioses y canta mitos. Pero no realiza en esto una acción arbitraria sino que obedece a un instinto que lo determina e impele: el instinto religioso. La Ciencia de la Religión se aplica al instinto religioso como ciencia pura que estudia la psique del cosmos; la Historia de las religiones, ciencia aplicada, dedícase a indagar la metamorfosis del instinto en pensamiento y del pensamiento en acción por el mito, la teogonía, el sacerdocio, el culto. Claro está que la Historia de las Religiones no se encastilla en apriorismos negativos ni presupone necesariamente que el instinto religioso descansa sobre una mera alucinación. El instinto religioso es para ella un fenómeno biológico como el amor, el odio, el temor, el egoísmo, la atracción sexual, la combatividad, un instinto que en la especie humana se diferencia de los demás instintos por la circunstancia de originarse en la fisiología y terminar en el espíritu, es decir, en una región exclusiva del hombre".<sup>1</sup>

Es un pensador que en lucha con el medio, señaló constantemente sus defectos y pequeñeces, pero en una crítica generosa, nunca destructiva, y llena de fermentos creadores, que tiene esto de grande: no trató nunca despectivamente lo nuestro, como lo hicieron tantos extranjeros vacíos de ciencia y llenos de presunción y pequeñez. El, que es un sabio, ha escrito repeti-

<sup>1</sup> *El origen de la Religión, Prolusión, pág. 10.*

damente su fe entusiasta en el material humano con que trabaja, elogió las virtudes de nuestra juventud y hasta fué excesivamente generoso con nosotros. Pero no le escaparon los defectos, y los señaló con firmeza y benevolencia. Sirvan de ejemplo estas reflexiones: "Pero, ¿han volado, en realidad los viejos moldes didácticos? ¿Se han modificado los conceptos medievales de la creación artística y científica? ¿Nos hemos desprendido del convento para remontarnos al Pórtico o a la Academia? He ahí el punto. Y luego: ¿estudia más o estudia menos la juventud? ¿Siente con el hastío de la rutina, de la técnica, la necesidad de elevarse a la inspiración, a la creación, a la investigación reposada y sin apresuramientos? ¿Vase convenciendo, sobre todo, de que no es lícito improvisar, de que no se puede escribir sobre un tema sin haberlo ahondado y revuelto *nocturna atque diurna manu* por años y años?"<sup>1</sup>

Muchas de sus páginas impresionan por la penetración aguda en nuestros problemas y lo implacable de las conclusiones. Se detiene uno constantemente entusiasmado por el vigor riguroso del razonamiento y la vigencia y actualidad de sus observaciones sobre nuestro ambiente cultural y sus deficiencias. Con estas palabras tan actuales, que no resisto a la tentación de citar, hizo el balance de nuestra enseñanza en el año 1915: "¿Qué es nuestra ciencia actual? Es una ciencia de manual, una ciencia de texto, una ciencia catedrática dosificada y oficializada por programa. Pero es una ciencia muerta, vacua, sin alma, sin nervio, sin significación superior. En ella no hay más que fórmulas, que repeticiones; no hay empuje, ni energía, ni audacia. Es un cadáver galvanizado. ¿Y los sabios? ¿Dónde están los inspirados, los videntes, los abnegados, que a costa de su tranquilidad, de su fortuna, de su vida, sorprendían los admirables secretos de la naturaleza? Hoy tenemos profesores, doctores, hombres sin vocación, sin genio, sin talento, que de la ciencia han hecho una "profesión", un *modus vivendi*; que desarrollan programas, explican textos, preparan a aburridos alumnos para exámenes aburridos".<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *El peligro universitario en los estudios históricos*, Rev. de la Facultad de Humanidades, tomo III, p. 349.

<sup>2</sup> *Dios en la historia y en las orientaciones actuales de pensamiento científico*, 1913, pág. 80.

Ojalá que todos los que se dedican a la enseñanza en el país tuvieran un concepto tan austero y una vocación tan auténtica: más grandes serían los frutos y menos crecerían los sofistas prevaricadores y los usurpadores faltos de ideales y autoridad moral que son la plaga de nuestra docencia.

Reacciona contra ese mal tan nuestro: la plaga del literato metido a historiador, que con el alegato desfigura intencionadamente o no el pasado, en su propio interés; así en el prólogo de su sólida obra *La documentación de los orígenes del cristianismo*, pág. VIII, dice: "Este libro representa justamente una tentativa en este sentido. Una tentativa para promover, por lo menos, el fastidio por la retórica aplicada a la historia, por las vaciedades verbales, por las abstracciones, por los juegos de metáforas que forman la delicia de los lectores de escasa cultura, o por las paradojas que, emitidas con gran seriedad en un tecnicismo que impresiona a quien no tiene capacidad para descubrir el juego, dan un aspecto científico a las más burdas mistificaciones y si resultan impotentes para con los que saben a qué atenerse, arrastran, en cambio, a los espíritus incautos".

Pensamos que no faltan ejemplos en que se une la maestría literaria y el manejo crítico y severo de las fuentes, como lo vemos en algunas obras recientes; tal el caso de Ricardo Rojas en *El Santo de la Espada*; pero esta es la excepción.

En nuestro medio hay en los intelectuales una prisa inexplicable por producir algo, un ansia perniciosa por hacer una obra y otra rápidamente, suplir las ideas con el manejo de textos elaborados. Frente a las grandes obras extranjeras nos encontramos sin tiempo para imitar la tenacidad de sus autores, nos parece que tal o cual obra no puede haber salido de un trabajo largo, paciente y metódico, sino de una inspiración superior, del medio más culto y otras cosas por el estilo. No hay tal. Ningún gran investigador se ha puesto plazo para producir algo, como no sea un plazo elástico calculado a conciencia, sin depender de exigencias exteriores, y son numerosos los que han muerto sin terminar su obra, después de trabajar en ella toda su vida; sobre todo en la actualidad.

El manejo de ciertas técnicas de erudición, creó el espejismo que hizo pensar que el ordenamiento de los materiales equivalía al trabajo científico. Y se siguió la línea del menor esfuerzo y de la rutina. Desearía que se leyeran repetidas veces y se reflexionaran estas palabras acerca de la elaboración histórica: "Es con la labor continua e incansable como se consigue. Para una comprensión adecuada de los orígenes del cristianismo, requiérense no menos de veinte años de estudios. Para una lectura científica del Nuevo Testamento —el tomito de bolsillo que todos conocemos,— un buen filólogo necesita no menos de cinco años, dedicándole unas ocho horas diarias. Hablad de esto a un joven de la técnica y lo haréis sonreír. Y podemos apostar a que si se le requiere un trabajo sobre los orígenes del cristianismo, con su técnica y un buen juego de fichas hábilmente manejado, en tres meses nos tendrá sus cuatrocientas páginas impresas y encuadernadas. Y esto es lo que produce el desastre del libro moderno. Mediocridad, vulgaridad, repetición, falta de seriedad, histrionismo. Preguntad a un autor cuántos años ha meditado su tema: y descubriréis, en su confusión, que en nueve casos sobre diez —las excepciones las hay: tanto más honrosas cuanto más raras—, se trata de un hombre culto, muy culto, pero que por su misma cultura excepcional se ha creído en derecho de improvisar. Derecho que, en el estado actual de la ciencia, nadie tiene ya en historia ni en nada".<sup>1</sup>

Sus conocimientos en el campo de la cultura clásica son extraordinarios y es increíble que se pueda abarcar lo que él abarca: helenista, latinista y hebraísta consumado, tiene constantemente su agudeza crítica aplicada a los textos, que conoce profundamente, remozándolos con interpretaciones sólidas y novedosas, derivadas de su larga convivencia y cariño por los antiguos. Domina técnicamente su ciencia, y llegó por un profundo amor a ella; son los grandes problemas, los últimos, que agitaron siempre al espíritu humano haciéndole concebir explicaciones de conjunto, los que en él se dan con una agudeza a la cual se mezcla luego un cierto desengaño, ante la impo-

<sup>1</sup> *El peligro universitario...* pág. 347.



tencia de las soluciones. Así nos resume esos problemas, tal como se dan en el hombre, cuando comienza la reflexión autoconsciente: "Para la mentalidad primitiva el mundo era una paradoja trágica, multiforme, misteriosa, terrible. El mundo sin Causa es un concepto que se forma en una filosofía ya terminada. Para la Religión el mundo tiene Causa, la Causa primera. Pero, ¿qué era para el hombre del período cuaternario la Causa primera? ¿Debía esta Causa considerarse como inmanente o trascendente? ¿De dónde venían el "mal" y la "muerte" como instrumentos de la Naturaleza para producir el "bien" y la "vida" en la paradoja de la existencia? ¿Venían de la Causa primera o de una Causa segunda? Más tarde se planteará el dilema: si la Causa primera es la fuente del "mal", ¿entonces de dónde deriva nuestro concepto del "bien"? Si, en cambio, el "mal" proviene de una Causa segunda entonces el universo viene a ser el campo de batalla de dos Causas, de dos "dioses" que se combaten en oposición irreductible, eterna en el tiempo, infinita en el espacio".<sup>1</sup>

Supo superar la labor técnica, por el calor de humanidad que puso siempre en su investigación y con que abordó estos temas, vivificándolos y haciéndolos apasionantes. En su obra, podría decirse que está su propia pasión, y ella nos asalta a cada momento en su prosa candente y espontánea, en la que se funde la rectitud científica y el aliento polémico con su temperamento profundamente artístico y sobre todo musical. Transcribo de la misma obra, muy valiosa para el estudio y la comprensión de su personalidad, un hermoso pasaje en que estos elementos se revelan nítidamente,\* que puede ser considerado como una síntesis de las etapas por las que pasó posiblemente en su vida de investigador y muestra la posición en que se encuentra ahora, en la plenitud de su madurez: el ansia de conocimiento, la amargura por él producida y la rebelión, que se resuelven en un frío nirvana en que el alma cansada de la lucha aspira al aniquilamiento y la paz: "El fruto de la ciencia es vedado y amargo como el del árbol del Paraíso; y el Sabio ha dicho que "a mucha ciencia mucho dolor" porque el conocimiento mata la ilusión. Perdida la ilusión, ¿qué queda en la existen-

<sup>1</sup> El origen de la Religión, pág. 8 sq.

cia? La sensación acerba de lo real. ¿Pero esta sensación podrá compensar, si no sustituir, las dulces ilusiones que han mecido nuestra infancia, que nos han encendido la luz de una esperanza en la gran tristeza de la vida, que han acallado en nuestro labio la protesta ante el espectáculo inicuo del dolor universal? Esta ciencia no tiene respuesta para este grave interrogante, como ninguna ciencia la tiene. ¿Y entonces? Entonces adelante. No por nada hemos estudiado el mito de Adán, el mito de Prometeo. La Religión nos enseña que la divinidad castiga al que prueba el fruto del árbol prohibido, y persigue sin piedad al que arrebatara la chispa al sol. Pero a medida que el alma, aligerada de sus ilusiones, se eleva grado a grado en la luz fría del conocimiento, una gran paz, la paz nirvánica de la infinita vanidad del tutto sustitúyese al desolado combate entre la fe y la duda, entre la creencia y la razón, entre la esperanza y la negación. El alma se crea entonces un tranquilo ideal de descanso eterno en el infinito silencio de la nada inorgánica, y esto le permite continuar aspirando al cielo aun cuando el cielo se muestre tormentoso en la austera belleza del crepúsculo de los dioses. Epicuro llamó a esto: ἀταραξία: calma, serenidad, felicidad; Lucrecio y Virgilio adoptaron la denominación y la cantaron; los renacentistas con Pomponazzi la celebraron; la filosofía moderna la renovó para nuestros espíritus con Guyau.

*Felix qui potuit rerum cognoscere causas  
Atque metus omnes et inexorabile fatum  
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari*".<sup>1</sup>

Aunque los tonos sombríos del pesimismo parcial, como individuo, no se borran nunca, acepta una solución optimista en el conjunto. Luego de hablarnos de la profecía de Giovacchino da Fiore, al final, dice: "Gran ciencia en verdad, es la Ciencia de la Religión. Amenazaba ensombrecernos el goce del conocimiento con el menoscabo del ideal y el ahogo de la esperanza bajo el apretón de su realismo implacable. He aquí, en cambio, que con su última palabra nos enciende una nueva

<sup>1</sup> El origen de la Religión, pág. 25 sq.

antorcha en el camino, y nos señala allá lejos, muy lejos, muy cuesta arriba en la cumbre de la civilización la humanidad en marcha hacia un ideal más excelso y una esperanza más divina".<sup>1</sup>

La severidad que pone en la realización crítica y en la objetivación del dato, no le impide evitar la subordinación del trabajo historiográfico al científico. Vivifica los textos con su vigoroso pensamiento y no se queda nunca en el trabajo muerto del fichaje, que por sí tiene un valor secundario. Se dan en una hermosa síntesis la rigurosa severidad y la concepción de grandes rasgos, significadora de su posición integral ante todos los problemas especulativos y prácticos. Son ilustrativos a este respecto dos trozos de uno de sus artículos, ya citado, donde dice: "En una época mecanizada e industrializada en que todo marcha a vapor o a electricidad, en que se vuela en tierra, por agua y en el aire, girando palancas y manivelas, es fácil, más, es inevitable, a no mediar las debidas precauciones, caer en la ilusión de que la creación artística o la construcción científica es obra manual, de que la técnica puede sustituir la alta especulación, y la receta suplir la actividad vital de la inteligencia".<sup>2</sup> "La realidad histórica, quiero decir, no puede ser presentada en forma anatómica, rígida, muerta. La Historia, como la Filología, como la Psicología, trasciende el hecho que entra en su órbita de acción, para compenetrar la vida que lo produce, lo mueve, lo utiliza, y lo hace morir para renovarse".<sup>3</sup>

En estas páginas no hago sino rendirle un modesto homenaje, interpretando el sentir de todos los que conocen su obra y su acción docente, y dando una impresión subjetiva y un reflejo de algunas de las ideas más valiosas para nosotros, referentes a su propia personalidad, al método o al medio, que aparecen con abundancia en sus obras.

<sup>1</sup> Id., pág. 28.

<sup>2</sup> *El peligro universitario...*, pág. 339.

<sup>3</sup> Id., pág. 345.

Ojalá que su enseñanza fructifique con fecundidad en las jóvenes inteligencias y su obra sirva de fuente de inspiración y ejemplo de severidad científica a los que cultiven las disciplinas humanísticas entre nosotros, para que el tiempo no pueda vengarse más de los que improvisan sin seriedad en detrimento de nuestra cultura, del único y tremendo modo como lo hace: sepultando sus obras en el olvido.

*Eduardo Prieto.*